

PREFACIO

de la primera edición

Con este libro, entrego a la publicidad una serie de conferencias académicas, que en un tiempo se contaron entre mis preferidas. El deseo, expresado repetida e insistentemente, de muchos de los que las habían oído, me decidió a hacerlas accesibles a un círculo mayor. Otros tendrán que juzgar si, al proceder así, hice bien.

No quise cambiar su primitiva forma de disertación. Si por ello el estilo sufrió, solicito indulgencia.

Acerca del contenido creo que me corresponde hacer una aclaración.

Se podría suponer que me he dejado llevar por la realidad actual, en mi interpretación del pasado alemán. Éste no es el caso. El diseño que se halla en este libro, he tratado de mostrarlo en todos sus trazos esenciales a mis discípulos desde hace más de quince años. Por cierto que sólo la conclusión tenía antes un tono distinto, cuando yo también compartía el criterio, lleno de confianza, de que las tinieblas habían sido barridas para siempre y de que el porvenir sería nuestro.

Los alemanes hemos tenido que cambiar de método y a más de uno podrá parecer que con ello nuestra historia ha perdido su sentido. Ojalá logre este libro, ro-

bustecer en nuestro pueblo, con el desapasionado auto-análisis a que aspira, la inquebrantable voluntad y la fe en que de la miseria presente tendrá que surgir un futuro mejor, y que una nueva estirpe con nuevo vigor restituirá su sentido a la historia de Alemania. Así interpreto yo el lema preliminar con que acompaño el título "¡Día llegará!..."

J. H.

Tubinga, noviembre de 1922.

INTRODUCCIÓN

Más de uno creerá que pretendo la extraña empresa de exponer en pocos centenares de páginas toda la historia de Alemania, materia en que muy bien podría emplearse, sin temor a excederse en extensión, un espacio diez veces mayor. Si alguien me atribuye ese propósito, será porque no me ha comprendido, pues no trato de hacer la exposición detallada de la historia alemana, sino únicamente estudiar sus "épocas".

Por época se entiende, como es sabido, una fecha en que comienza algo nuevo, o se introduce un nuevo elemento decisivo en la evolución de los hechos, o un acontecimiento imprime nuevo rumbo al curso de las cosas. Caracterizamos los sucesos de tal naturaleza con las palabras: "que hacen época". Luego, en sentido traslaticio, se denomina época también, a todo el período de tiempo en el cual predominan las consecuencias de este acontecimiento.

Quien se atenga al significado de la referida palabra, sabrá qué es lo que me propongo. Se trata de los instantes críticos, de los momentos decisivos de la historia alemana. Son éstos los que queremos estudiar en sí mismos y tomarlos a la vez como puntos de observación, desde donde abarcaremos, con la mirada, la evolución de nuestro pueblo, resumiéndola por períodos o "épocas".

Una comparación hará más comprensible el propósito. El camino de la historia nunca es igual a una línea recta; más que parecerse a un canal o a los rieles de un ferro-

carril, se acerca en similitud al curso natural de un río. A semejanza de éste, también el desarrollo de la historia sólo por excepción se mueve en línea recta dentro del rumbo emprendido. Prosigue continuamente por vueltas y sinuosidades; a menudo en curvas y ángulos extraños, y no pocas veces se abandona temporal y hasta permanentemente la dirección inicial.

Con facilidad a veces pueden saltar a la vista los puntos donde ese cambio se presenta. En la historia de Francia, por ejemplo, cualquiera observa a primera vista cuánto significan el año 1789 o la aparición de Richelieu; en la de Inglaterra, los años 1066 y 1688 brillan claramente como resplandecientes piedras miliare.

No siempre las épocas históricas se señalan con tanta nitidez. Puede también producirse el cambio paulatinamente, detenerse la evolución o proseguir oculta, de igual modo que un curso de agua se estanca, se ensancha hasta formar lagos y pantanos o desaparece totalmente, para surgir de nuevo en otro lugar.

Para una interpretación de la historia que quiera concebir el conjunto coherentemente, importa sobre todo hallar el punto decisivo del cambio y comprender con claridad el instante en que comienza lo nuevo, se abandona lo antiguo y se modifica el rumbo.

Todo nuevo cambio tiene sus causas. Ni el mismo río se aleja por capricho del camino rectilíneo: siguiendo la ley de gravedad, busca el sitio más hondo. A menudo debe sortear un obstáculo o permanecer estancado ante él por un lapso de tiempo; o bien por la afluencia de otro caudal toma distinta forma y mayor fuerza, que lo habilitan para cavar su lecho en un lugar que de otra manera hubiera tenido que eludir.

No creo necesario insistir en la aclaratoria compara-

ción. Quien conozca algo de historia sabe que también la evolución de un pueblo se determina esencialmente por influencias externas. La aparición de un vecino muy poderoso puede impulsarlo fuera de su ruta, o puede obligarlo a empantanarse como ante un arrecife o un banco de arena; en cambio, puede volver libre el camino la desaparición del rival. Sin hablar por supuesto del aumento del poder, que, logrado mediante conquistas y anexiones o por la obra de un individuo genial, imprime a la voluntad y a los anhelos de un gran pueblo nuevos impulsos y nuevas metas.

Al que posea el sentido histórico, es decir, el ansia y la capacidad de compenetrarse con el pasado, no sólo debe resultarle atrayente, sino necesario e imprescindible, el poder seguir de esta manera el curso de la historia de su propio pueblo, buscar los momentos decisivos y explicarse las causas que han actuado en cada caso. De otro modo, frente a la abundancia de fenómenos que brinda lo pasado—tanto en los sucesos como en los individuos— se corre siempre el peligro de no distinguir la selva a causa de los muchos árboles.

No basta, sin embargo, *conocer* los hechos; es necesario también *comprenderlos*, vale decir, poder apreciar exactamente su sentido con relación a los demás y su importancia en el conjunto. No es ello tan sencillo como pudiera parecer. Muchos, guardan en la memoria un rico tesoro de conocimientos, que se asemeja a una gaveta desaliñada donde faltan el orden y la visibilidad comprensiva.

¡Cuántas veces ocurre que al preguntársele tomándole examen a un estudiante, muy versado y bien al corriente de la historia de Federico el Grande, sobre la fecha desde la cual existió en la historia alemana el dualismo entre Prusia y Austria, no contesta o se muestra

vacilante! Y en este caso se trata todavía de una pregunta bastante sencilla. Menos extraño resulta si otro candidato no sabe contestar en seguida en qué fecha y dónde hay que buscar el origen del particularismo alemán. La pregunta, realmente, no es del todo fácil de responder, y sin embargo se trata de un hecho de la más grande significación, de una peculiaridad de la nación alemana, por la cual, en la pugna con sus vecinos, se encuentra de antemano en grave desventaja, como un caballo obligado a llevar en la carrera un peso considerablemente mayor.

Citemos como ejemplo final, una pregunta también de mucha importancia, que nunca me atreví a dirigir a ningún candidato, ya que me fué hecha una vez por un colega y compañero de asignatura, que no encontraba una respuesta para ella: ¿de dónde proviene la escisión confesional en el pueblo alemán? Bien saben todos que se originó en 1517; mas ¿cuál fué su causa?, ¿cómo fué posible su estallido? Esta escisión no puede ser ni natural ni fatal, ya que los demás pueblos de Europa la ignoran o por lo menos no la conocen en la misma medida y en ellos no representa papel alguno, mientras que domina en la historia de Alemania hasta nuestros días. ¿De dónde proviene esto? Ni los ingleses, ni los franceses, ni los españoles, se libraron de las luchas religiosas en la época de la Reforma; sin embargo, en sus países se evitó la escisión, mientras que los alemanes no pudieron o no quisieron eludirla. ¿Por qué? Aquí se destaca nítidamente para todos el acontecimiento "que hace época", mientras que las causas de su influencia particular parecen ser menos corrientes, menos conocidas.

Pasado y presente, sólo en teoría pueden separarse. En la vida real, corresponden a una unidad, ya que el estudio de lo pasado, recibe del presente su tono y su luz.

Por ello, cuando este libro apareció por vez primera teniendo a dicho pensamiento por idea motriz, en un momento —1922—, en que nuestro porvenir no abrigaba esperanzas, entonces no se hubiera podido reprochar a nadie que no quisiera pensar en el pasado de Alemania. Ese pasado aparecía como una larga cadena de esfuerzos vanos condenados para siempre al fracaso. Al buscar nosotros consuelo para lo presente y ánimo para el porvenir, ¿los hallábamos en la consideración del pasado? Las páginas obscuras del libro de la historia alemana, que desgraciadamente son las más, no podían brindarnos alientos; más de uno se diría instintivamente: nosotros fuimos siempre lo que somos hoy, como si una maldición pesara desde el origen sobre todas las generaciones. Y para los momentos brillantes —que, gracias a Dios, no faltan—, ¿no rige hoy tal vez la cruel verdad de la sentencia de Dante: "No hay mayor dolor que recordar en la desdicha la felicidad desaparecida"?

Alguien pudo llegar a creer que la historia alemana era un tema del cual sería preferible no hablar. ¿A quién de nosotros no dominó esta disposición de ánimo?

¿Cuán diferente se presenta la actualidad! La noche que nos circundó ha cedido a una nueva aurora. Sobre Alemania se levantó un sol más radiante de lo que las esperanzas más atrevidas hubieran osado pensar y sus primeros rayos nos prometen un nuevo día lleno de luz que hace olvidar los sufrimientos. Ahora también el pasado se presenta bajo distinto aspecto: es el mismo, pero lo vemos con otros ojos. Su contemplación ya no despierta amargo dolor. Pero, no es menos imprescindible estudiarlo, interpretándolo sin prejuicio ni jactancia, hoy día, donde el éxito asombrosamente veloz ya involucra el peligro de que sobre-

estimemos los resultados, menospreciando la tarea que todavía nos aguarda.

Conocerse a sí mismo constituye para todos, tanto para los pueblos como para los individuos, el primer deber. Nuestra desgracia consistió, en el pasado más reciente, en habernos conocido muy mal a nosotros mismos. Por eso nos atrevimos a abordar problemas que tal vez no eran insolubles en sí, pero que para nosotros, tal como éramos y somos, resultaron demasiado difíciles. Debemos librarnos de este defecto, si queremos que se cumplan en el porvenir las promesas que encierra el presente, y que el pueblo alemán se muestre digno de las grandes ventajas obtenidas. El conocimiento propio, es, en circunstancias propicias, una exigencia doblemente indeclinable.

Pero ¿por cual otro medio un pueblo podría conocerse a sí mismo sino por su historia? El carácter de un hombre, sus cualidades, el rumbo de su voluntad, se ponen de manifiesto en su proceder. También las características de un pueblo, las virtudes y los defectos de su organización, los límites de sus posibilidades, se revelan por lo que ha realizado, con acierto o con error, en el curso de los siglos.

El hombre —tal vez se me objete— se completa a una determinada edad; y ya no cambia más. Un pueblo, por lo contrario, cambia constantemente, y precisamente nuestro pueblo ha variado tanto en los últimos años que sería tiempo perdido ocuparse de su pasado para conocer su carácter actual. Por eso se oye decir a menudo: “debemos abandonar los trillados carriles de la historia”, y comenzar totalmente de nuevo. Esta novísima teoría cuenta ya con muchos adeptos. Quien la contradice se expone a ser considerado como un atrasado, mientras que los que se burlan de los historiadores, que basan sus profecías

en el estudio del pasado, pueden contar siempre con el fácil aplauso de la multitud.

No temo de ningún modo esta burla; la encuentro muy pueril, por no decir ilógica. Y en cuanto al aplauso de la muchedumbre no implica quizás una recomendación incondicional, especialmente hoy, y no es en ningún caso una garantía de la verdad. Sin duda el historiador —y lo es cualquiera que estudie el pasado— se parece al hombre que mira hacia atrás. Pero por eso mismo es más sabio que los demás, que siempre se empecinan en escrutar únicamente el porvenir, adonde en verdad, para la mayor parte, aun no hay nada que ver, si se exceptúan los engendros de su propia fantasía. El que mira hacia atrás ve la realidad pasada y por lo mismo puede percibir lo futuro, ya que lo contempla reflejado en el espejo de lo que fué. En él no se puede ver y leer lisa y llanamente, porque el espejo está roto y falta algún que otro pedazo. Hay que saber leer en él y eso no es tarea para cualquiera. He ahí por qué es posible el error al descifrar cosas y casos. Pero quien no se preocupa para nada del espejo del pasado, nunca podrá comprender lo presente, ni prever el porvenir.

No es verdad que los pueblos, al contrario del individuo, cambian de tiempo en tiempo su naturaleza íntima, y que los alemanes de hoy nada tengan de común con los de hace cien, doscientos o mil años. Es cierto que con el correr de los años algunos rasgos se borran en el rostro de una nación y otros nuevos se graban en él; es cierto también que las profundas variaciones de su existencia externa producen más de un cambio en su ser. Mas ¿es otra por eso la substancia original o carecen de importancia los sucesos y las experiencias? ¡Todo lo contrario!

Justamente cuando la naturaleza y el carácter de un pueblo han cambiado, ¿no es entonces un deber imperativo en todo aquel que se vincula a su pueblo, tal como sea, el tratar de reconocer estas transformaciones y relacionarlas con sus causas?

Cuando determinadas cualidades no son congénitas, sino adquiridas en el transcurso del tiempo, pueden perderse de nuevo por sí mismas o suprimirse o transformarse. Lo único que importa entonces es conocer las causas de su aparición; así se acertará al hacer lo necesario para mantenerlas o combatirlos. Se debe, pues, establecer firmemente lo que es natural y tal vez inmutable, lo que fué adquirido accesoriamente y que por lo tanto puede desecharse, y dónde residen las causas en el segundo caso.

Pero ¿qué otra cosa significa todo esto, sino estudiar la historia, y hacerlo como nos proponemos en este libro: hallando los momentos decisivos que han influído alternativamente en la vida del pueblo, y contribuído a formar su actual carácter?

Quien admita como exactas estas consideraciones no podrá negar el deber que tenemos de lograr —de la historia de nuestro propio pueblo— una clara y gráfica imagen, en la cual lo pasado y lo presente estén orgánicamente vinculados y donde lo uno nazca de lo otro por una necesidad interna. Una imagen que nos enseñe cómo llegamos a ser lo que somos. Éste es un deber incluso para el que se limita a vivir su propio tiempo como espectador consciente; pero lo es mucho más aún, para cuantos se sientan llamados a colaborar en el porvenir, y entre ellos debemos contarnos naturalmente todos, desde el más viejo hasta el más joven, y los jóvenes tal vez aun más que los ancianos.

En esas reflexiones he encontrado fuerzas para vencer

el lógico temor a la materia, de que antes he hablado, y alientos para emprender una exposición que, como deseo, nos habilite para contemplar el aspecto de la nación alemana —la faz nacional de todos nosotros— en el espejo de los siglos, y para crear con eso la conciencia nacional, que nos es especialmente indispensable, si en adelante hemos de continuar teniendo una existencia.

La conciencia de nosotros mismos no debe inducirnos a desesperar con sordo fatalismo, por ser por naturaleza tales cuales nuestra historia, por desgracia, nos presenta. No; ha de ser una reacción en el sentido opuesto: nada de deprimirnos o alucinarnos, ni de engañarnos adulándonos a nosotros mismos; ver con ojos abiertos los propios defectos y llamarlos inexorablemente por su nombre; combatirlos y extirparlos como malezas, para que el grano de las buenas cualidades y aptitudes halle terreno donde pueda crecer y fructificar.

Todavía existimos y seguiremos existiendo. Pero quien dice vida, dice evolución, y evolución significa desarrollo, pujanza, crecimiento. De qué modo podemos volver a crecer cabalmente, cómo debemos ser, y —por último— cómo no debemos ser, lo hemos de comprender tanto mejor cuanto más sepamos cómo fuimos y cómo llegamos a ser lo que somos.